

# El Grupo de Sabios, ilustración viva del diálogo entre pueblos y culturas en el espacio euromediterráneo (intercultural)

**Assia Bensalah Alaoui**

Presidenta

Grupo Consultivo de Alto Nivel  
sobre el Diálogo entre Pueblos  
y Culturas

Université Mohammed V,  
Agdal-Rabat

Si ayer era deseable, hoy el diálogo intercultural es más necesario que nunca. Pero no para combatir el «choque de civilizaciones» anunciado y tan bien recuperado por Bin Laden después del 11 de septiembre de 2001, sino para dar jaque mate a las ignorancias. Porque, en realidad, lo que realmente causa estragos es la ignorancia. Alejándose de las obsesiones y temores vigentes en estos momentos, el diálogo intercultural es el único modo de construir los puentes del mañana para un futuro compartido en nuestro espacio común.

Es esta convicción la que me ha hecho responder con entusiasmo a la invitación de Romano Prodi para copresidir el Grupo de Sabios, que instituyó en diciembre de 2002, sobre «el diálogo de los pueblos y culturas en el espacio euromediterráneo». Más allá del homenaje que el presidente de la Comisión Europea rinde, a través de mi condición de mujer marroquí, a la mujer árabe en general, la ciudadana mediterránea en que aspiro a convertirme ve en dicha invitación el preludio del principio de igualdad que, a pesar de estar en boca de todos, en todas partes se aplica con grandísimas deficiencias. Un principio de igualdad vital para el Mediterráneo, que desgraciadamente, a pesar de algunos avances notorios, no le hace justicia, como sucede en mi país. Mi agradecimiento, pues, a Romano Prodi.

A pesar de lo que acabo de decir, hablaré en nombre propio para dar cuenta de una iniciativa que, ciertamente, responde en todo punto al contexto actual, pero que sobre todo intenta que el eje del espacio euromediterráneo vuelva a estar ocupado por el «factor humano», devolviendo al diálogo intercultural el lugar que le corresponde en nuestra región.

El Grupo de Sabios ha actuado, muy juiciosamente, sin ningún tema tabú. Quizás sea debido a la diversidad de antecedentes, trayectorias, conocimientos y convicciones, así como de dudas, de los miembros del grupo, que han enriquecido nuestros debates, a pesar, me atrevería a decir, del ego desmesurado que, como todo el mundo sabe, acostumbran a tener los intelectuales. Así pues, a este nivel, el diálogo ya está en marcha. El 24 de noviembre se publicó el informe correspondiente, previa entrega al presidente R. Prodi. Me gustaría subrayar simplemente el proceso, algunas ideas centrales y resultados, intentado responder a un triple pregunta: ¿Por qué el diálogo intercultural en el Mediterráneo y por qué ahora? ¿Qué debemos hacer? ¿Y cómo?

1. Muchas razones, pero principalmente las numerosas dificultades, hablan en favor de este proceso y de este calendario. Sólo mencionaré algunas: unas inherentes a la cultura y a su evolución; otras, consecuencia del contexto, tanto global como euromediterráneo.

- Las culturas han dejado de ser experiencias casi invisibles para convertirse más bien en ámbitos expuestos a fuertes erosiones y transformaciones. Se trata de ámbitos sensibles

en los que la ideología puede instrumentalizar el desconcierto. Paralelamente a la tendencia a la uniformización vehiculada por los medios de comunicación, principalmente en cuanto a los modelos de consumo y la cultura de los jóvenes, se expresan acusadas aspiraciones a la diferenciación. El retorno de lo sagrado y de la cultura se lleva a cabo en un ambiente de violencia y fragmentación... Es un tema de actualidad. Es cierto que las situaciones históricas del Norte y del Sur son distintas, pero todas ellas están viviendo mutaciones fulgurantes y en todas ellas surgen muchos interrogantes. Por lo tanto, la necesidad de un diálogo intercultural es real. Un diálogo, en primer lugar, con nosotros mismos, pues tanto la «interculturalidad» como incluso la «transculturalidad» se han labrado un puesto entre nosotros. Diálogo, a continuación, tanto en el seno de una Europa ampliada, que se enriquece con nuevas lenguas, nuevas herencias culturales y nuevas religiones –el cristianismo ortodoxo y el islam, y en un futuro otras más– como en el Sur, víctima de tantas transiciones, reajustes dolorosos, incertidumbres y riesgos. ¿Acaso la virtud del diálogo no es mantener y garantizar el pluralismo de las distintas zonas y la diversidad cultural?

- Conscientes de las dificultades surgidas ante una cultura que se marginaliza, se pueden plantear con brutalidad los interrogantes que están en mente de todos: ¿qué lugar debe ocupar la cultura en una era en que el ideal de las naciones se conjuga en términos de «competitividad» y en sectores de mercado?

¿Qué lugar debe ocupar la cultura en una era en que la globalización de los riesgos y la privatización de la violencia erigen a la seguridad, tanto colectiva como individual, en prioridad absoluta, al tiempo que hacen que mantenerla sea singularmente complejo? ¿Qué lugar debe ocupar la diversidad cultural en la era de la uniformización y de lo políticamente, e incluso culturalmente, correcto? ¿Qué lugar debe ocupar, en consecuencia, un diálogo real entre las civilizaciones y los pueblos cuando la cultura y lo sagrado son instrumentalizados para poner en duda el orden establecido, tanto interno como internacional?

Tantas preguntas que se plantean por todas partes, pero con más agudeza todavía en el Mediterráneo. Lugar de memoria, cuna y cruce de civilizaciones desde el principio de los tiempos, pero que se ha convertido en la línea que marca todas las fracturas, hasta tal punto la violencia real y simbólica es estructural en esta zona. Más allá del suplemento espiritual que nos ofrece a todos, hoy el Mediterráneo se vive con dolor. Uno y plural, su diversidad lo hace a la vez rico y enfermo.

Las ondas de choque de la revolución iraní, los trastornos generados por el desmoronamiento de la potencia soviética, la emergencia de factores internos de desestabilización, las dos primeras guerras del Golfo, los conflictos de los Balcanes, la ascensión de todos los extremismos, de las percepciones negativas cruzadas e incluso de la xenofobia, y el diferencial de prosperidad, que no deja de ensancharse... Todos estos fenómenos y sus implicaciones, que ya habían separado un poco más las dos orillas del Mediterráneo, a menudo sólo le dejan en común los peligros. Y he aquí que hoy, en el clima generado por el 11 de septiembre, la posguerra de Afganistán, la actual guerra de Irak y el ciclo infernal de violencia del conflicto entre Israel y Palestina, esta fractura, a fuerza de asimilar islam con terrorismo, corre el riesgo de perpetuarse para siempre.

Un diálogo que es necesario también para humanizar una mundialización que afecta al mundo entero, pero que se encarna en una pequeña fracción de él. Efectivamente, la mundialización

y la ascensión de los bloques regionales generan la integración de los *haves* y de los *knows* y la marginalización, podríamos decir la exclusión, de los *have-nots* y de los *know-nots*, tanto entre naciones como en el interior de cada una de ellas. Es sobradamente conocido que la pareja pobreza-analfabetismo causa estragos en la región, y que las mujeres son las más pobres de los pobres y las más ignorantes de los ignorantes. En la sociedad del saber del siglo XXI, el *knowledge-gap* viene a perpetuar el círculo vicioso de la pobreza agravando el *prosperity-gap*, que no para de crecer. El choque de la liberalización aumenta la fragilidad de unos tejidos sociales ya bastante afectados por los ajustes estructurales que convierten a los jóvenes y a los grupos más vulnerables en presas fáciles para los extremismos de todo signo. Es innegable que hay que disponer de unos mínimos para tener la dignidad de ser, y es de sobra conocido hasta qué punto la virtud es prioritaria en nuestra región.

Existe una necesidad real de nuevos paradigmas para aprehender situaciones en pleno cambio, una reflexión nueva, nuevos instrumentos y más conocimientos en el campo cultural, como sucede con la economía o la política, para arrancar la cultura del confinamiento del patrimonio cultural, a menudo anclado en el pasado; y del elitismo. Hay que decir que el grupo ha sido ambicioso en su perspectiva, ya que se proyecta en el próximo medio siglo, y realista y exigente en la puesta en práctica. Además, considera la cultura como punto de partida igualitario.

## 2. ¿Qué habría que hacer?

Se han identificado los principios generales sobre los que se basará la acción: respeto mutuo, libertad de conciencia, igualdad, solidaridad, primacía del conocimiento sobre la mera impresión; así como los principios operacionales: equidad, apropiación, cooperación, fertilización mutua.

Las propuestas, centradas en el factor humano, jalonan todo el informe y se dirigen a los protagonistas involucrados: Estados, colectividades locales, ONG, sociedades civiles... Al final del informe, un estudio espacio-temporal resume e identifica tres grupos de ámbitos interdependientes:

- La educación, que constituye la espina dorsal del diálogo intercultural. Hay que fomentar una verdadera pedagogía de la diversidad, dirigida a todos, y sobre todo a los jóvenes, por descontado, pero también a las mujeres, a fin de que todos nosotros digáramos mejor nuestros pasados respectivos para poder así vivir mejor nuestro futuro común. Aprendizaje de las lenguas del entorno mediterráneo, enseñanza comparativa de las religiones, refundación de las ciencias humanas, para desarrollar también los saberes compartidos. Formación de los formadores y apoyo a la traducción y a la edición, entre otros. Multiplicación de centros de estudios euromediterráneos; creación de una Academia Euromediterránea y de una red de universidades Braudel-Ibn Jaldun, que estará conectada con la red Jean Monnet... Son actuaciones a corto plazo, pero que requieren mucho trabajo.
- La segunda serie de propuestas intenta fomentar la práctica misma del diálogo intercultural en la vida diaria, principalmente a través de la movilidad, los intercambios de todo tipo y las mejores prácticas. En cuanto se habla de movilidad, tropezamos, todos lo sabemos, con la problemática migratoria y las políticas restrictivas que prevalecen en la materia. La migración es, nunca está de más recordarlo, un fenómeno positivo, rico en potencial de interfecundación entre los pueblos, que, lejos de terminarse, está en plena expansión, con un movimiento de 135 millones de personas por año. Sin embargo, parece que las migraciones polarizan los riesgos y avivan los miedos. Unos miedos que pueden dar pie a las visiones más extremas en el Mediterráneo, sobre todo cuando el diferencial de prosperidad convierte a Europa en un verdadero imán que no podría proteger ningún territorio Shengen. Más allá de los problemas que suscita la integración de una inmigración ya instalada, es imprescindible gestionar, todos juntos, esos flujos migratorios, verdaderos abscesos enquistados, en interés y para la prosperidad de un Norte que envejece y de un Sur víctima de un mal desarrollo, velando para que es-

te último no se vea privado de sus hijos mejor formados.

- En el ámbito de los medios de comunicación, instrumento fundamental para fomentar el principio de igualdad entre todos y el conocimiento mutuo, las propuestas hacen referencia tanto a la difusión y producción de emisiones específicas como a la formación de los periodistas para la diversidad. Vista su importancia, los medios de comunicación tiene un papel crucial en la pedagogía de la diversidad, que espero desempeñen alejándose de estereotipos y percepciones reductoras, y dando preferencia al conocimiento por encima de la impresión. Nos ha parecido útil la creación de un observatorio independiente en este ámbito.

Una *task-force* o célula de vigilancia, pues, estará a la espera de sugerencias, experiencias y *success-stories*, que, en su caso, se encargará de difundir. Eso es lo mismo que decir un diálogo permanente, continuo y enriquecido, así lo deseo, por el talento no sólo de los «euromediterráneos», sino también de todas las personas apasionadas por el diálogo y la paz.

3. ¿Cómo hacerlo? Hacer, hacer hacer, inspirar, acompañar, implicar y responsabilizar...

Para que no se limite a ser un simple discurso compensatorio que sustituya al precedente, el diálogo intercultural debe ir acompañado de una visión con contenido y de acciones concretas, pero también de una institución eficiente.

Por lo que hemos podido ver, el desencanto general respecto al Partenariado Euromediterráneo está a la altura de las esperanzas que había suscitado. Quizás la dimensión más sensible, la humana, sea la más débil, con la cultura como verdadero pariente pobre.

Creo que el Mediterráneo no puede permitirse verse privado por mucho tiempo de una verdadera institución euromediterránea, permanente, con un estatuto de igualdad para sus socios del sur y el este del Mediterráneo, con una sede propia, a ser posible a orillas del mar, lejos de Bruselas, tan cargada ya con otras sedes (UE, OTAN...), para integrarlo en el repertorio de nuestros símbolos, para que no seamos simples figurantes de nuestra propia historia. Pero también para actuar con eficiencia y llenar un gran vacío existente en el Mediterráneo: el déficit democrático, tan reprochado a las naciones del sur y que sigue siendo, no sé si hace falta recordarlo, la característica primera del orden relacional en el espacio mediterráneo. La política de vecindad que preconizamos debe ir en este sentido y dotarse de los medios necesarios para liberar las energías y favorecer las sinergias.

De momento, la Fundación Euromediterránea, cuya creación se decidió en Valencia y se confirmó en Heraklion, será nuestra institución permanente común. Corresponde a los políticos firmar el estatuto, como espero que hagan en Nápoles en el mes de diciembre. Sin embargo, nuestro grupo ha identificado las condiciones necesarias para su éxito. Para alcanzar sus objetivos y responder a las necesidades, es imprescindible

que la Fundación esté dotada de suficiente autonomía para disfrutar de una independencia total, tanto financiera como conceptual, a fin de ayudar, coordinar, suscitar, animar, esclarecer..., en definitiva, para convertirse en el verdadero «vigía» del diálogo intercultural.

Quede claro que no hay que ceder al angelismo o la ingenuidad y pensar que el diálogo intercultural va a borrar todas las tensiones y asperezas. Por definición, la cultura es un lugar en el que las identidades, a veces heridas, se afirman, a menudo con adversidad y violencia. Pero, al mismo tiempo, es el único ámbito que puede proporcionar las verdaderas armas para prevenir, desactivar y conjurar los conflictos y resolverlos. Algunos poderosos pagan muy caro no haberse acordado de ello... Por lo tanto, el diálogo intercultural no puede ser una panacea ni un fin en sí mismo, sino más bien una *modus operandi* para desactivar las agresividades y lograr un futuro compartido en un espacio común. Su vocación es hacer que la buena convivencia prevalega sobre la conflictividad, y la cooperación sobre la confrontación. Puesto que estas contradicciones son inherentes a la vida misma, y a veces las peores peleas surgen dentro de la propia familia, queda, pues, construir y fomentar una verdadera cultura del diálogo y asegurar su viabilidad.

Quizás podríamos meditar, a modo de conclusión, sobre esta reflexión de Léopold Sedar Senghor, poeta del mestizaje, aunque nos llevaba muchos cuerpos de ventaja: «vivir el particularismo hasta el final, para encontrar en él la aurora de lo universal.»